

Eduardo Maura

LOS 90. EUFORIA Y MIEDO EN LA MODERNIDAD DEMOCRÁTICA ESPAÑOLA

Ediciones Akal, Madrid, 2018, 160 págs.

14,00 euros (papel) / 7,99 (digital)



Eduardo Maura, diputado por Vizcaya en 2015 y 2016, es portavoz de Unidos Podemos en la Comisión de Cultura del Congreso. Al tiempo, no abandona la docencia en la Universidad Complutense de Madrid donde es profesor de filosofía. Su trabajo se ha desarrollado en los ámbitos de la teoría crítica, la estética y la filosofía política. Es autor de *Las teorías críticas de Walter Benjamin* (2013), su tesis doctoral; coeditor, con Luis Alegre, de *¿Qué es la Ilustración?* (Escolar, 2017), que recoge las intervenciones de una veintena de profesores sobre la actualidad de los planteamientos ilustrados, y acaba de publicar un ensayo muy esclarecedor sobre la realidad de España desde su perspectiva generacional, *Los 90. Euforia y miedo en la modernidad democrática española* (Akal, 2018). En el Parlamento, ha participado muy activamente en la plasmación del Informe del Estatuto del Artista.

Eduardo Maura gusta decir: «Nací en 1981 y crecí en Bilbao en una familia urbana castellanoparlante». Su apellido nos lleva a su tatarabuelo, el político Antonio Maura (1853-1925), que fue presidente del consejo de ministros con Alfonso XIII en cinco ocasiones, y que también asumió la dirección de la Real Academia Española (1913-1925), antecediendo a Ramón Menéndez Pidal.

En el libro *Los 90. Euforia y miedo en la modernidad democrática española*, Eduardo Maura, además de enlazar toda una serie de confesiones personales, arroja luz sobre la década del título y sus consecuencias, unos años en los que su generación entra en contacto con una España que había culminado ya la etapa de la Transición y la democracia podía considerarse asentada. En su análisis, Maura no abomina de la mentada transición. Más bien al contrario, considera su «relato oficial», de consenso y modernización, como «la escena originaria de la única experiencia democrática estable que ha tenido España». Pero Maura va más allá de ese «relato», avanzando hasta los años noventa, que entiende fundamentales en nuestro devenir democrático hasta el conflictual presente. Unos años noventa y siguientes, para el autor, «más importantes de lo que se dice». Subrayando: «Si lo hacemos bien, lo serán todavía más». Matizando: «El problema es que aún no lo son».

No tarda el autor en poner sobre el tapete los dos conceptos sobre los que va a bascular la tesis de su trabajo: «Euforia y miedo, sueño y despertar, son pares dialécticos de una historia apasionante cuyo influjo es imposible de minusvalorar». Euforia y miedo en una España en que «todo iba bien, pero algo iba mal». De ahí la imagen del

Suárez, tomada de Javier Cercas, en su *Anatomía de un instante*, cuando el escritor le pregunta a su padre por qué se confió en el joven político franquista, y su respuesta es: «Porque era como nosotros». Con lo que el padre de Cercas es para Maura «la imagen de la transición», con su cúmulo de temores y esperanzas. Una palabra, «imagen», de la que no se desembarazará el autor, sacando a plaza a Platón y a la mismísima Atenas —es buen admirador del universo griego—, donde «las imágenes, relatos y personajes de los poetas producen una cohesión cívica».

La digresión platónica, lleva a Maura a considerar, con el filósofo, que «el poder se dirime en el derecho a mentir por el bien común», y, más adelante, por la vía ateniense, a considerar el paralelismo entre lo trágico y la democracia, pues ambos tienen su nudo gordiano en el conflicto. Por eso, afirma Maura, Platón «expulsa a los poetas, lo cual equivale a la expulsión del conflicto y a la expulsión de la democracia» de la ciudad. Este es el punto en el que Maura se detiene para definir la CT, la «cultura de la transición», donde «solo el polo del consenso es genuinamente democrático».

Todo esto, al paio de la apreciación de que la «regeneración de la monarquía», en el paso de Juan Carlos I a Felipe VI, es «la batalla política más relevante desde 1982», batalla que, en opinión de Maura, está ganando «el equipo» del joven rey, «cuyo proyecto se asemeja, como dirían Freud y Benjamin, al eterno retorno de lo igual». Regeneración monárquica: «regenerar implica al mismo tiempo reparar, recuperar y producir de nuevo», subraya Maura.

Y vuelve a 1992, año clave para el autor, dado que para su generación es «el año de nuestras vidas», con los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Exposición Universal de Sevilla, deteniéndose con especial deleite en el papel entonces del hoy Felipe VI. «De todas las decisiones políticas de las élites españolas hay una especialmente memorable por su calado y longevidad: la elección de Felipe como abanderado de España en la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos», indica Maura. Para anotar más adelante: «Quien abandera el imaginario del éxito, de sentirse deseado, de experimentar por unos días que el mundo te mira, es precisamente el hijo del rey: Felipe es un privilegiado, qué duda cabe, pero uno con el que es posible identificarse. Está hecho de otra pasta y con otros materiales va a construir su legitimidad». Se fija Maura en la bandera que porta el príncipe y en las otras roji-gualdas de aquella ocasión, que «son diferentes a las del desfile del 75 [en el paseo de Juan Carlos tras su toma de posesión] y, desde luego, de las del “a por ellos” de finales de 2017».

Y para Maura, en «plena cumbre de la modernidad política española», llegó «la pérdida de la inocencia»: los casos Marey, Amedo y GAL, la Guerra de los Balcanes, la ruta del bakalao, los crímenes de Alcàsser, la televisión privada, Roldán, los superfondos... Desde esta perspectiva ve el autor, a partir de 1992, «la declinación de las crisis económicas posteriores, así como la indignación y el ciclo 15 M-Podemos». Quiriendo matizar: «España no se indigna con los que quieren vivir en el paraíso. Lo hace con quienes embarran el camino y se aprovechan de su posi-

ción para hacer trampas». En otro momento, Maura hará mención del vídeo de Susana Díaz sobre la rabieta de los indignados que «aspiraban a una casa en la playa», pero no nos habla del derecho a tener una casa en la montaña. Maura hace la salvedad, no obstante, al acabar el libro, como aviso a los navegantes, de que no ha escrito el libro para regodearse «en la infamia de la transición, en sus mentiras y omisiones». Por si acaso.

Se detiene el ensayista, a continuación, en el análisis del consenso y el conflicto como factores democráticos. Con relación al dispositivo consensual habla del juego de la diversidad y la baldosa: «Se puede ser anarquista, demócrata cristiano, liberal, socialista, conservador ácrata, comunista o lo que se quiera, siempre que nadie se salga de los límites de la baldosa de lo discutible». Y por lo que respecta al conflicto, afirma que «una democracia es más profunda cuanto más conflicto es capaz de asumir y tramitar». En este sentido vuelve a lo ya expresado con relación a la Atenas democrática y a la tragedia. En este mismo apartado es interesante la reflexión del autor sobre el liberalismo y el nacionalismo/estado-nación. Escribe en positivo sobre los «liberales moderados de los treinta», quizás por alguna querencia de origen, para afirmar de seguido que «España es un país con liberales, pero sin liberalismo». Una muy significativa opinión, al par de las acciones de Pedro Schwartz, Antonio Garrigues Walker o Enrique Larroque, a los que cita.

Capítulo aparte merece su apreciación, vivida en primera persona, del terrorismo de ETA, como uno de los «puntos cardinales» en la configuración de la de-

mocracia en España. «Yo he odiado a ETA toda mi vida, pero también he sufrido la violencia de sentir que no me dejaban hacerlo con mis propias palabras». Se expulsa sobre las «equidistancias» dentro de la cultura del péndulo: «En el fondo era un intento de reinventar para el progresismo lo que el péndulo denominaba equidistancia».

Maura asumirá, en definitiva, que la España de los noventa es la de su «formación individual y colectiva», siendo un tiempo «de crítica política y de asunción de un punto de vista de izquierdas, pero también de evasión de la realidad». Para, al cabo, preguntarse: «¿Qué podemos hacer con esa herencia que no poseemos, sino que somos? (...) ¿Hasta qué punto la imagen bidimensional de España que construye la transición le hace violencia a la tridimensionalidad de la democracia?» Y contestarse: «Qué hagamos con los conjuntos y subconjuntos disponibles es una pregunta excelente de la que solo puedo decir que ya no la responderé desde el escaño». Una incógnita sobre el propio futuro de Eduardo Maura. ¿Va a volver, en exclusiva, a la Filosofía, abandonando la política?

Pero el político no quiere cerrar el libro sin apostrofar algunos conceptos: 1. «No estamos en una segunda transición, como mucho en una segunda oportunidad». 2. «La crisis económica e institucional que vivimos desde 2008 ha acentuado una organización social que muestra trazos sobresalientes de miedo a la pérdida». 3. «De compuestos reformistas y rupturistas, progresistas y conservadores, va a estar hecho todo lo que consiga políticamente España

en los próximos treinta años». Y 4. «No hay esperanza sin miedo ni hay miedo sin esperanza, como explica Spinoza. Lo que es seguro es que nada importa más que la gestión del miedo y de la esperanza».

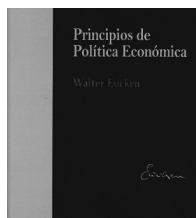
Y al fin del fin del jardín, otra confesión de Eduardo Maura: «En realidad no solo quería escribir un libro sobre mi generación, sino un libro para entender a mi madre». ■

Ignacio Amestoy
(Dramaturgo y periodista)

Walter Eucken

PRINCIPIOS DE POLÍTICA ECONÓMICA

Fundación ICO, Madrid, 2017, 504 págs., 40 euros



Hay una tentación en todo Humanismo —su manzana de Eva— que es despreciar e ignorar la Economía como ciencia y —lo que es más grave— como realidad. Tanto yerra quien considere que todo es economía —a la manera del determinismo economicista de Marx— como quien la soslaya en virtud de un espiritualismo que no es humano. Pascal nos lo advirtió con su habitual lucidez en pensamiento contundente: «El hombre no es ni ángel ni bestia, y la desgracia quiere que quien haga el ángel haga la bestia». Y una consecuencia de este posible error humanista es no leer las obras fundamentales del pensamiento económico, dejando su dominio precisamente a economistas que a menudo no tienen en cuenta las exigencias de un Humanismo verdadero, esto es, fiel a la realidad del mundo y del hombre.

Para evitar todo ello sería muy deseable que acudiésemos a esta obra capital de Walter Eucken (1891-1950), fundador de la Escuela de Friburgo, que acaba de editar con mucha oportunidad y con el mayor esmero la Fundación ICO (Instituto de Crédito Oficial), en cuidada traducción del alemán original y con un esclarecedor estu-

dio introductorio de Santiago García Echevarría, profesor emérito de Política Económica de la Empresa en la Universidad de Alcalá.

Y es que la vida misma de Eucken no se puede entender sin su pronta vocación por lo humano y su conciencia viva de que la crisis histórico-intelectual que vive el siglo xx tenía que causar —como así ha sido— una fuerte conmoción en la estructura política y social, como nos recuerda su viuda en el prólogo.

Hijo del filósofo alemán y premio Nobel de Literatura Rudolf Eucken y de una pintora, se educa en un ambiente humanista por donde desfila lo más granado de las letras y arte alemanes. De joven, su padre le lee a Aristóteles en griego lo que le va imprimiendo en su alma el que iba a ser su *leitmotiv* en su consideración de la Economía: el respeto y la adecuación aristotélicos a la realidad, relación que estimará perdida en la gran crisis de la Modernidad, también en las ciencias económicas. Con lucidez se remarca en el prólogo citado:

«El hombre tiene que volver a aprender a percibir desde la realidad la ley de su comportamiento. Lo que significa que como actuante debe respetar la naturaleza de las cosas (*Sachgesetzlichkeit*). Lo que ello significa para la política económica constituye el tema de este libro» (p. 80).

El año que se doctora en Bonn —1914— es el año del comienzo de la Gran Guerra, en la que lucha como oficial en los dos frentes. La experiencia de la contienda le hace ver, como a tantos otros pensadores, el marasmo y la profunda crisis espiritual de Occidente. El ulterior Tratado de Versalles le enseña los costes de ignorar la realidad de las cosas, los pueblos y la economía. La hiperinflación alema-

na, poco más tarde, le muestra las trágicas consecuencias monetarias y sociales de esquemas de política económicas clásicas alejadas del principio de realidad ya comentado.

En 1927 se instala ya definitivamente en la Universidad de Friburgo, donde asiste al advenimiento y consolidación del nazismo con sus políticas económicas específicas. Cuando Heidegger con su militancia nazi accede al rectorado de dicha universidad en el fatídico 1933, Eucken se opondrá a su constitución universitaria nacionalsocialista para pasar a formar parte de círculos de oposición al nazismo liderados por el gran teólogo protestante Dietrich Bonhoeffer, ejecutado en 1945.

Y es precisamente entre las ruinas todavía humeantes de aquella Alemania, donde Eucken va a pensar los principios de una política económica que tenga en cuenta a las personas y su dura lucha por la existencia con la labor ordenadora y auxiliar del Estado. Una economía tal que aúne eficacia y justicia, orden financiero y orden social, que va a configurar el gran hallazgo germano de la posguerra: la economía social de mercado. La influencia directa y personal de Eucken sobre la figura de Erhardt, ministro de Economía con Adenauer en 1949 y posteriormente canciller en 1963, será una de las claves del desarrollo económico alemán hasta hoy y de la propia UE. Ahí radica, en esta demostración empírica, la «presunción de verdad» que tienen estas páginas.

Y también influirá, de otra manera, en el desarrollo económico español de fines de los cincuenta con el denominado Plan de Estabilización. La recepción en nuestro país de la obra de Eucken, a través de la apertura a Europa

que supuso la sociedad «Estudios Económicos Españoles y Europeos» fundada por Larraz en 1950, influye directamente en la construcción económica institucional que se realiza entonces como guía de dicho plan fundamental. Pero sería un grave error circunscribir al pasado alemán y europeo el libro de Eucken que nos ocupa. El mismo autor nos lo advierte en su comienzo:

«Este libro no está dedicado a los problemas diarios. Lo que intenta es influir en la forma de pensar y, por tanto, es una obra a largo plazo. Estoy satisfecho si estas reflexiones provocan nuevas reflexiones y nuevas investigaciones de la realidad y de esta manera despliegan sus efectos en el transcurso de años y décadas» (p. 14).

Precisamente ahora que estamos padeciendo todavía las consecuencias de la crisis económica de 2008, donde la economía financiera se desacopla de la realidad y el dinero cae en la ficción especulativa del *laissez faire* y que Europa se encuentra inmersa en una encrucijada político-social, leer a Eucken me parece una necesidad perentoria. Su claridad y sencillez expositivas nos permitirán entender muy bien lo que el autor *quiere, lo que hay detrás* de sus páginas: la búsqueda de un orden económico congruente con el ser de las cosas y la naturaleza del hombre: lo logró Europa con gran esfuerzo y hoy se encuentra tan amenazado como lo está el ser humano. Por todo ello esta lectura será, no lo dude el lector, un gran acto humanista, esto es, de verdadera inteligencia humana. ■

Ignacio García de Leániz Caprile

(Profesor de Recursos Humanos en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Alcalá de Henares)

Navid Kermani

INCRÉDULO ASOMBRO. SOBRE EL CRISTIANISMO

Editorial Trotta, Madrid, 2018, 264 págs., 33 euros



El arte es también una forma, una bella forma, de evangelización y eso lo sabían quienes se inspiraban en la Sagrada Escritura o en el santoral para crear sus obras. Pero si el cristianismo estuviera desgajado de la vida, sus expresiones artísticas no habrían tenido esa fuerza existencial que lo hacen tan cercano y al mismo tiempo tan comprensible, para el hombre, con independencia de la fe que profese. Navid Kermani, novelista alemán de origen iraní, ha escogido cuarenta obras de arte religioso —las que más le han llamado la atención, las que más han apelado a su conciencia y, en fin, las que más han seducido su entusiasmo estético— para reflexionar sobre su sentido y significado, componiendo un libro repleto de elevada emotividad y virtuoso preciosismo descriptivo (*Incrédulo asombro*, Trotta, Madrid, 2018).

Kermani contempla los lienzos con la pasión del artista y el fervor del creyente, pero haciendo gala de una honestidad encomiable, que no le obliga a abdicar de su propia cultura, la musulmana. En este sentido, sus textos, a caballo entre la hermenéutica artística y la bíblica, entre

la meditación y la cavilación introspectiva, muestran que tiene la suficiente sensibilidad —cultural y religiosa— como para leer lo que los cuadros y las imágenes revelan, y aquello que vela o esconde su dimensión representativa. Y es que, más allá de la intención religiosa o la devoción personal, Caravaggio, Botticelli o Rembrandt emplean su maestría técnica para profundizar en el misterio de la condición humana que el cristianismo tan sencillamente recoge... y tan hermosamente expresa.

Quien blande el pincel con fe, según Kermani, quiere «hacer sensible la belleza de Dios». Los gustos humanos se transforman y cambian, pero, a diferencia de lo que ocurre en la historia del arte profano, en el caso del religioso lo sustancial es la experiencia de la Revelación, que todos los creyentes comparten; de ahí que disfrute de mayor permanencia. Por otro lado, la dimensión natural es el suelo nutricional de la fe, lo que explica que la razón, la maternidad, el sufrimiento, la muerte o el consuelo —aspectos que la fe redimensiona, pero que no cancela, ni anula— dotan al arte cristiano de una indudable pretensión de universalidad.

La cultura de Kermani y el atractivo que suscita en él el sufismo, con su veta mística, no le impiden declararse «admirador del cristianismo»; ni tampoco admitir que, en ocasiones, siente envidia de los creyentes. Mientras recorre las galerías silenciosas y los museos recónditos, o aguarda silencioso en alguna iglesia ignorada de Europa, el escritor va asimilando, incluso inconscientemente, las principales enseñanzas cristianas —la encarnación, la resurrección, el amor de Dios al hombre...—, entendiendo,

en definitiva, las verdades naturales y, a través de su esplendor, acercándose paulatinamente a las sobrenaturales.

También las pinturas funcionan como llave o puerta de acceso a la constelación de paradojas que el cristianismo encierra. No hay duda de que es la mirada foránea —o peregrina— de Kermani, siempre en busca de significaciones, lo que desata en su interior el asombro y la perplejidad, y que ambas suscitan el rosario de especulaciones que ahondan en la excepcionalidad del mensaje cristiano, en su intensa familiaridad con el hombre y en la sublimidad de sus expresiones.

En las tres secciones que componen el libro —tituladas, con acierto, «madre e hijo», «testimonio» y «llamada»— se ofrecen consideraciones elaboradas tras contemplar las imágenes y en muchos casos con el recuerdo aún nítido de las mismas. En sus descripciones, el autor, en lugar de dar prioridad a la erudición, ha querido, sobre todo, recoger las impresiones e ideas originadas en el encuentro personal y solitario con ellas. ¿Qué expresan esas telas y los matices en los colores? ¿Qué es aquello que anuncian o presagian los trazos, las sombras, la disposición de las figuras o esos silencios tan elocuentes que son las ausencias?

El método que emplea Kermani es el de libre asociación, por lo que sus apreciaciones son siempre subjetivas; él tampoco pretende otra cosa. Pero pueden resultar útiles para educar nuestra mirada y regenerar nuestra sensibilidad estética, tal vez algo apagada en un entorno social que estimula —e incluso premia— lo sórdido. ¿No es posible que nos hayamos alejado de lo sublime a medida que nos

hemos ido distanciando de lo religioso? Podría ensayarse, sin que resulte descabellada la idea, una explicación estética de la secularización, que completaría así la filosófica. Si también la desaparición de Dios de nuestro horizonte cultural ha contribuido al declive estético, habríamos de preocuparnos más por recuperar la belleza —esa «belleza que salva»— que por confeccionar un discurso impecable desde un punto de vista ideológico. Y debería inquietarnos la escasez artística que Kermani constata en el cristianismo de hoy.

«Cuando voy a rezar a una iglesia —explica— pongo cuidado de no llegar hasta la cruz». Para el escritor, de origen iraní, es blasfema la idea de un Dios que sufre, pero también ha de serlo, por fuerza, para cualquier hombre; he ahí su grandeza. Confiesa Kermani que, entre las múltiples representaciones de Jesús en la cruz, prefiere la que descubre en el altar mayor de San Lorenzo de Lucina: la *Crucifixión* de Guido Reni, donde se estiliza y difumina el dolor, y no aquellas en las que este aparece en formas más crueles.

Pero lo que Kermani interpreta como «idolatría del sufrimiento» es, en realidad, la apología de la carne o el panegírico de lo creado que nuestra fe entraña. Cuando resucita Cristo, tal y como refleja Bellini, para bendecir a sus discípulos, lo hace coronado de espinas, con las heridas aún abiertas y la túnica rasgada —incluso sucia, en el lienzo del Louvre—, pero es eso no solo lo que permite que Tomás, incrédulo, lo reconozca —incrustando hasta lo más profundo su dedo en el costado, según la destemplada escena que pinta Caravaggio—, sino que es precisamente

ese realismo, tan coherente, tan lógico, lo que hace de la Resurrección un hecho histórico, concreto, auténtico.

Si este autor siente tanta admiración ante la riqueza del arte cristiano, el creyente no debe sentirse menos deslumbrado ante los misterios que la fe dibuja. Porque cuando Kermani se lamenta de no entender, hemos de reconocer que tampoco la razón que cree alcanza en muchas ocasiones a hacerlo. De este modo, podemos decir que estamos ante un ensayo muy personal, pero edificante y aleccionador no únicamente para aquellos que se encuentran alejados de la fe cristiana, sino para quienes, de tan cerca que están de ella —tan familiarizados con sus verdades—, han perdido sensibilidad ante sus enigmas. Kermani no observa el cuadro con la mirada del experto; no analiza la obra de arte con el erudito repertorio del especialista, sino que contempla las escenas con la sutileza del sentido común y la agudeza de quien sabe mirar mucho y bien, consciente de que las dimensiones de una obra de arte son inagotables y de que su riqueza solo consigue saborearla quien ejercita su mirada en silencio y largamente. Y aun así nunca es suficiente.

Si hay dos figuras que sobresalen por encima de las demás en la larga e ininterrumpida trayectoria del arte cristiano, esas son, sin lugar a dudas, Jesús y María. Y no es incomprensible que así sea, ya que la maternidad y la filiación, que constituyen dos pilares de la fe cristiana, son también dos universales y sirven, por tanto, de puente y enlace entre culturas. El amor de la madre hacia el hijo y el del hijo hacia la madre —como en la portentosa escena recogida en *Cristo despidiéndose de su madre*, del

Greco— es uno de los elementos más emotivos, más radicalmente humanos, en lo que se sustenta el cristianismo.

Por otro lado, Jesús no es desconocido. También aparece en el islam, como profeta, y pese a que no reconoce esta religión su divinidad, su figura y sus enseñanzas no le son del todo ajenas. Habría que destacar, desde este punto de vista, la enseñanza interreligiosa de este exquisito libro, ya que atisba insospechadas confluencias entre las dos religiones. A este respecto, hay un extraño capítulo, el dedicado a Paolo Dall'Oglio, en el que la imagen no es una pintura, sino la fotografía de este jesuita secuestrado por el ISIS y en paradero desconocido. El padre Dall'Oglio refundó el monasterio de Deir Mar Mussa, al norte de Damasco, y creó una comunidad dedicada a impulsar el encuentro entre cristianos y musulmanes. Es su ejemplo, como el de otros muchos, el que ha sido más aleccionador para el propio Kermani y le ha llevado a valorar, por encima de los tesoros artísticos y las aportaciones culturales, el amor sin distinciones que el cristianismo, y el arte cristiano, enseña. Que se haya dado cuenta de ello, es ya suficiente. ■

Josemaría Carabante

(Profesor de Filosofía del Derecho, c. u. Villanueva)

Juan Claudio de Ramón

CANADIANA

Editorial Debate, Barcelona, 2018, 264 págs.

17,90 euros (papel) / 8,99 (digital)



Una vieja discusión teórica plantea un dilema político ineludible. ¿Qué prima más en la forja de los países: el espacio o el tiempo? ¿Somos tributarios del clima y de la geografía o del lento transcurrir de los siglos? La reciente *Canadiana* del ensayista y diplomático Juan Claudio de

Ramón no elude esta cuestión, que recorre de arriba abajo la espina dorsal de la identidad canadiense. Y es que, definido por la infinitud de la naturaleza y por las servidumbres del rigor invernal, Canadá se ha construido ante todo en relación con el espacio. «Por un lado —reflexiona el autor—, ese factor distancia hace de la canadiense una sociedad de frontera, vigorosamente solidaria. Para sobrevivir a un impío clima y a una vastedad sin igual, han de cooperar unos con otros y socorrerse en caso de peligro. Desde esta perspectiva, no es difícil de entender que haya sido un país propicio al arraigo de ideas socialdemócratas. Por otro lado, la inconsciente apropiación de un espacio infinito hace del canadiense medio un ser contemplativo y moderado». El tiempo, sin embargo, acarrea el peso

de la historia, que el hombre nunca puede obviar. Somos historia precisamente porque nos enfrentamos a esa doble realidad del espacio y el tiempo. Y *Canadiana* —libro de viajes, de memorias y experiencias— lo demuestra con elocuente claridad.

En parte porque la voluntad de su autor no solo es visitar las distintas provincias canadienses —labor que realiza con escrupulosa devoción—, ni explicarnos los hitos fundacionales del gran país del norte —de la policía montada a la sanidad pública, de sus grandes parques nacionales a las noches de hockey sobre hielo—, sino ofrecernos, como en un espejo, una sabia mirada sobre nuestra propia realidad. Canadá es el gran tema del libro, pero el subtema, como un bajo continuo que se escucha entre líneas, responde al nombre de España.

Por supuesto, se trata de una convicción moral que pretende abrir una perspectiva sobre nuestra singularidad desde otra singularidad distinta. Canadá y España son países que han mantenido una relación intensa con los Estados Unidos, por un lado, y con otras dos grandes potencias europeas como Inglaterra y Francia, por otro. Ambos, España en su pasado imperial y Canadá en la actualidad, sustentan o han sostenido fronteras de dimensión planetaria. Y, en ambos casos, una fuerte tensión de carácter etnolingüístico —y en Canadá también de índole religiosa— ha sido causa de profundas grietas internas.

En este sentido, las páginas que Juan Claudio de Ramón dedica al Quebec, a su pasado y a su presente, resultan especialmente iluminadoras. En primer lugar, porque

desmonta determinados mitos que circulan con excesiva frivolidad en nuestro país. Y, en segundo, porque acierta al reconocer en la cuestión lingüística la raíz de un enfrentamiento latente cuya solución no se encuentra —ni aquí ni allí— en la convocatoria de un referéndum sino en superar el conflicto de lenguas y ensanchar, aún más si cabe, el carácter integrador de la democracia. De fondo, sobrevolando el libro como una figura tutelar, la personalidad extraordinaria de un político de raza: el exprimer ministro Pierre Trudeau.

A Trudeau le dedica *Canadiana* algunas de sus páginas más emocionantes. Las que glosan, por ejemplo, las palabras cruciales «Just watch me» —«míreme y vea»—, pronunciadas ante las cámaras de la televisión en una de las situaciones más tensas que ha vivido el país. Estamos en octubre de 1970 y el Frente de Liberación del Quebec (FLQ) ha secuestrado al ministro provincial de Trabajo, Pierre Laporte, y al consejero de la legación británica, James Cross. Impávido ante el destino, el primer ministro Trudeau ordena al ejército patrullar las calles y asume —cito literalmente— que «la sociedad debe recurrir a todos los medios a su alcance para defenderse del surgimiento de un poder paralelo que desafía al poder elegido en este país y creo que eso incluye cualquier medida. Mientras exista un poder que desafíe al representante electo del pueblo, creo que ese poder debe ser detenido y creo que únicamente, repito, almas bellas y pusilánimes pueden oponerse a esas medidas».

La idea clave aquí es la responsabilidad suprema del político en el momento decisivo en que su país se asoma

al abismo. Sus palabras muestran la enorme fuerza gravitatoria de la realidad, ese «principio potentísimo» que observara Josep Pla. «Just watch me», es decir, compruébenlo ustedes mismos. Es el poder del Estado que, al ejercerse, defiende la libertad de los ciudadanos. Pero Trudeau no fue solo el hombre necesario en el momento de la prueba, sino también el principal artífice del Canadá moderno. Al aprobarse la Constitución de 1982 —leemos en *Canadiana*—, «Trudeau sentó las bases jurídico-políticas para que Canadá pasara de ser una asociación inestable entre dos tradiciones étnicas mal avenidas a constituirse en una comunidad de derecho basada en valores compartidos. [...] En lugar de un país binacional, Trudeau legó uno multicultural y cuyo gobierno era bilingüe, superando así toda necesidad de nacionalismo en la base, o haciendo real, acaso por primera vez en la historia, la posibilidad teórica de un nacionalismo cívico».

Merecedor este año del prestigioso premio Antonio Fontán, tan íntimamente ligado a *Nueva Revista*, Juan Claudio de Ramón no ha soslayado nunca en sus columnas y ensayos el debate público. Este libro, como hemos comprobado, no supone una excepción. Sus páginas finales las dedica a esbozar un «epílogo para españoles», en el que se destilan muchas de las lecciones que nos ofrece la experiencia canadiense. La principal, quizás, la necesidad de huir de un inmovilismo que pueda confundirse con un peligroso derrotismo. «España —propone nuestro autor— no debe querer *solucionar* un problema que no tiene solución —el de contentar a las élites del nacionalismo periférico—, sino *superar* el problema convirtiéndose en un país

nuevo, propulsado al futuro, y en continuo diálogo con lo mejor y los mejores de su pasado». Palabras nobles que exigen imaginación, fortaleza y generosidad políticas. Bajo la apariencia de unas cultas —y entretenidas— memorias de viajes, Juan Claudio de Ramón nos ha regalado un libro imprescindible para entender Canadá y para entendernos a nosotros mismos. ■

Daniel Capó

(Columnista, crítico literario y asesor editorial)

Éric-Emmanuel Schmitt

LA VENGANZA DEL PERDÓN*

Alianza Editorial, 2018, 217 págs., 17 euros

Traducción de M^a Dolores Torres París



Muchas veces a Éric-Emmanuel Schmitt, (Francia, 1960), uno de los autores en lengua francesa más leídos y representados de nuestros días, se le ha definido como un hombre orquesta: dramaturgo, novelista, autor de relatos, director teatral y de cine, y profesor de filosofía, además de miembro de la Aca-

demia belga de la lengua francesa. Algunas de sus más conocidas piezas teatrales han sido representadas por actores de la talla de Charlotte Rampling, Alain Delon o Belmondo. En 2003, la película, basada en una historia teatral suya, *El señor Ibrahim y las flores del Corán*, protagonizada por Omar Sharif, sería galardonada con un Globo de Oro.

En *La venganza del perdón*, como ya había hecho en otras ocasiones con ciclos de relatos que tenían un trasfondo le común, reúne cuatro historias muy distintas sobre el perdón. El perdón que se concede, el que se reclama o el que uno se niega a sí mismo, pero también a los

* Artículo publicado originariamente en *ABC Cultural*.

otros. El perdón que renuncia a la venganza o al resarcimiento. Cuatro excelentes, muy elaboradas y perturbadoras versiones sobre el perdón, que bien podrían clasificarse de cuentos filosóficos o morales. Relatos, de finales casi siempre impactantes, que profundizan en lo mejor y también en lo peor y más sombrío de la naturaleza humana. Pero también en ese turbio mundo de los claroscuros morales en los que surge el dilema: ¿es un error el perdón, una debilidad innecesaria por parte del que lo ejerce?

Cuatro historias sobre la posibilidad o no de perdonar y ser perdonados. En ellas, un mal serpenteante, cambiante, se muestra muchas veces imbatible, imposible de sortear por su tenacidad y por su voluntad de permanencia. Schmitt ha reunido a cuatro personajes implacables, aparentemente inmovibles: un asesino en serie que sorprendentemente recibe una y otra vez la visita de la madre de una de las quince chicas a las que asesinó, en el relato que da título al volumen; una gemela que envidia desde la infancia su otra versión de sí misma mejorada, su hermana bondadosa que siempre la protege y busca excusas para ella, del estremecedor relato *Las hermanas Barbarín*; un ávido y desalmado hombre de negocios, que de joven, buscando el prestigio entre sus «camaradas» sedujo y dejó embarazada a una joven y simple campesina, a la que en el futuro volverá a abandonar, llevándose por la fuerza a su hijo, un heredero que ahora «necesita», en el relato *Madame Butterfly*; y por fin, una emocionante y delicada fábula, *El Principito*, sobre cómo la literatura y la dulce inocencia de una niña que ama apasionadamente *El Principito* pueden rescatar de su terco aislamiento a un anciano solitario, antiguo piloto alemán de la segunda guerra mundial.

Cada personaje, sutil y microscópicamente dibujado es libre. Libre hasta el final de redimirse pidiendo perdón por el daño causado o libre de recibir ese perdón, pocas veces merecido, aceptándolo como una ofensa o como un impertinente recordatorio de un mundo desconocido que se odia y se persigue con saña: el mundo de la piedad y del bien. En cada caso, las lecciones y el proceso de humanización llegan de las más diversas maneras y de los más inesperados personajes. ■

Mercedes Monmany

(Escritora, editora y crítica literaria.

Su última obra es «Ya sabes que volveré» de Galaxia Gutenberg)

Ignacio Peyró

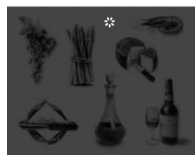
COMIMOS Y BEBIMOS

Libros del Asteroide, Barcelona, 2018, 264 págs.

17,95 euros (papel) / 9,99 (digital)



Ignacio Peyró
Comimos y bebimos
Notas de cocina y vida



Ignacio Peyró (Madrid, 1980) ya es un nombre contundente de nuestras letras. *Pompa y circunstancia* (Fórcola, 2015) es un canto de amor a Inglaterra prácticamente definitivo: un hito en la anglofilia, que ya es decir. *Comimos y bebimos* tiene un propósito, en principio, más modesto, según acostumbra a confesar

el autor en las entrevistas que le hacen: «Lo suyo sería que gustara al literato sin irritar al gastrónomo, y al revés».

No hay que dejarse engañar. *Comimos y bebimos* es un gran libro. Para constatarlo, podemos aplicarle los dos d'Ors. El poeta Miguel d'Ors, para considerar a un libro redondo, recurre a un expediente sencillo de exponer, pero difícil de cumplir: primero, un autor tiene que tener un dominio formal que alcance la voz propia. Luego, teniendo voz, ha de tener algo que decir con ella, más allá de lo entretenido o lo tópico, que constituya un mundo propio. Fijémonos en Peyró.

Su prosa, sin lugar a duda, es un banquete. Está sazonada con el punto justo de pimienta de crítica, con la

pizca de sal de un humor constante, con la grasa crujiente de un culturalismo muy bien digerido y con el punto de cocción exacto. Es una prosa al dente. Cada frase, cada palabra, se ha pesado y se ha probado con la puntita de una cuchara de madera para darle el visto bueno definitivo.

Yo estoy deslumbrado con esta imagen que vale lo que las mil fotografías de la actriz: «Con su cuerpo de golondrina, Audrey Hepburn solía tomarse dos negronis antes de cenar». Como esa hay varias... en cada capítulo, algunas con un aire a lo P. G. Wodehouse: «Dichosos nuestros ojos que vieron Balmoral cuando en Madrid aún había más bares que parquímetros. [...] La luz se iba dorando al través de los whiskies y los brandis, hasta una contextura de miel. [...] Con esas avutardas desecadas que guiñaban un ojo cuando alguien llegaba a los seis whiskies». Otras son más ibéricas: «Los efectos del orujo de hierbas se miden en la escala de Richter y hay resacas que vendrán acompañadas de la trompetería del Apocalipsis, cuando no de la intensidad penitencial de un *miserere*» o «El camarero me trajo una cerveza rubia estupenda, una cerveza rubia y con los ojos azules, casi». En todas las frases, un denominador común: el escritor que sabe lo que se trae entre dedos y se gusta y le gusta gustarnos y nos gusta.

Lo que no está tan fuera de duda, aunque vamos a tratar de sacarlo, es la segunda parte de los requisitos. Voz propia y sustanciosa aparte, ¿hay en Peyró un mundo propio y sustancial? Aunque a veces nos parezca que se regodea en las superficies de las sofisticaciones, sí. En su defensa li-

gera y hedonista de la comida y la bebida hay, de entrante, un delicado conservadurismo vivido. Jamás oculto, pues lo declara: «Órgano conservador, el estómago siempre se alimenta del pasado». Lo cual tiene una dimensión práctica y costumbrista que llega al extremo de defender incluso los bares de carretera: «Porque, cada vez que entramos en un bar de carretera, estamos entrando en algo más grande que nosotros, un lugar donde de pronto todos nos convertimos en personaje, figurantes en una venta cervantina a la espera de que un nuevo Quijote irrumpa por la puerta. [...] Los bares de carretera tienen algo de conservatorio del pasado». Lo hace asumiendo y medio amando sus imperfecciones con un antiutopismo que roza el sacrificio: «Si las estaciones de servicio son un enclave conservador, una de sus costumbres más queridas es, precisamente, que su cocina sea vitanda».

Esa postura conlleva una propina constante de elegía, aunque no exenta de humor: «Es una melancolía que los bodegueros puedan dedicar cien años a sus brandis y nosotros rara vez encontremos una hora para una copa de coñac», o «Lo irónico es que no hacemos más que abrir locales que intentan parecerse a los que acaban de cerrar». Nunca exenta tampoco (¡mucho menos!) de amor, porque, como recuerda citando a Leo Moulin: «Comemos lo que nuestra madre nos enseñó a comer». No es inercia de estómago agradecido de buen hijo de familia generosa que el libro esté dedicado a los padres y que el pecho se nos encoja como nunca cuando él añora, entre tantas otras cosas, «esas cafeterías a las que las madres nos llevaban a desayunar después del médico».

Estamos ante un libro que son unas pudorosas memorias sentimentales, como una confesión íntima de sobre-mesa. Nos habla (¡y con cuánta complicidad le oímos!) de sus años de colegio: «Por eso hay algún consuelo de paradoja en recordar la adolescencia de colegio católico, cuando —por decirlo con la delicadeza de Hardy— temblábamos como álamos, mirones lejanos de las niñas del Pureza de María, mientras yo me preguntaba si habría alguna mujer peyrógama en el mundo». *Comimos y bebimos* está transido de tiempo. Cuando el cardenal Du Four se tomó el trabajo de enumerar las cuarenta virtudes del armañac, según nos cuenta Peyró, la más poética, entre otras virtudes como curar fístulas, devolver el movimiento los miembros parados o aliviar la gota, era «traer el pasado al pensamiento». La prosa de Ignacio Peyró funciona como un buen armañac.

Y más. Hay un ruido de fondo filosófico en Peyró, como un tintineo de cubiertos de plata. Tiene el precedente de autoridad de Platón, que dejó dicho: «Nada más excelente o valioso que el vino fue nunca ofrecido por los dioses a los hombres». Ese posicionamiento metafísico está muy en la línea de Béla Hamvas, el intelectual húngaro que escribió *La filosofía del vino* (Acantilado, 2014): «Lo característico del cientificismo es que no conoce el amor, sino el instinto sexual; no trabaja, sino que produce; no se alimenta, sino que consume; no duerme, sino que recupera la energía biológica; no come carne, patatas, ciruelas, peras, manzanas o pan con mantequilla y miel, sino calorías, vitaminas, hidratos de carbono y proteínas; no bebe vino, sino alcohol; se pesa semanalmente... [...] Yo soy el

materialista, querido, yo, que rezo a los pimientos rellenos y a las gombóc de patata rellenas de ciruela, que sueño con la fragancia que exhala el lóbulo de la oreja de las mujeres, que adoro las piedras preciosas, que vivo en poligamia con todas las flores y todas las estrellas y que bebo vino». Peyró, que defiende a los gordos (a los de antes, naturalmente) con donosura, no será nunca un ascético, pero roza, epicureísmo mediante, un misticismo. En la línea (en todos los sentidos) de Gilbert K. Chesterton: «Los niños son glotones y los glotones son, en cierto sentido, niños; y de los niños es el reino de los cielos».

De este libro habría que advertir en la cubierta que engorda. No solo ni principalmente por el afán emulativo que inspira, sino porque ensancha el espíritu y aporta calorías al intelecto. Si sir Roger Scruton se hace fuerte en su apreciación de la belleza como centro de su cosmovisión, Peyró realiza una operación análoga con la buena mesa. Bondad, verdad, belleza, en toda la extensión comprensiva de sus conceptos, son, al cabo, los tres trascendentales. ■

Enrique García-Máiquez